
FILOSOFIA Y ARTE

Ariel ALVAREZ GARDIOL (*)

He querido traer a estas Jornadas programadas por el Instituto de Estudios Interdisciplinarios del Colegio de Abogados, en homenaje al inolvidable Guillermo Ortíz de Guinea, quien me honra con su amistad una breve comunicación que sustituya mi presencia, en razón de un viaje impostergable fuera de la ciudad.

He querido vincular el arte con la filosofía que es mi grávida preocupación desde hace largos años. De arte sólo posco -y poco- alguna actitud admirativa de contemplación. Tengo aquí la riqueza y la pobreza del ignaro. De filosofía mucho menos, por ser un territorio de una anchura inconmensurable y del cual he transitado solo una parte y pequeña del país develado por el hombre. Me queda la imposible tarea de ahondarlo y recorrerlo en su totalidad para aspirar algún día -quién sabe si llego- a intentar desbrozar lo desconocido.

He elegido en esta aproximación, la idea del arte en Aristóteles, una de las cumbres más altas del pensamiento helénico y que se vislumbra desde lejos en el pensamiento de la humanidad.

Quisiera tener para ello, la elocuencia de Demóstenes, quisiera tener el colorido de la paleta de Apeles para hacer brotar ante Uds. la pureza del raciocinio del maestro de Estagira. Quisiera tener la belleza del dialogo platónico adoctrinando a sus discípulos en los jardines de Academus para que mis frases tuvieran el peso de una elegía o de un himno de Píndaro cantando al majestuoso relieve de Minerva. Quisiera tener todo eso, pero tengo solo mis pocas palabras y mis pocas ideas que entregaré a Uds. humildemente.

Hemos oído hablar muchas veces del milagro griego. Julián Marías, por ejemplo, con autorizadísima versación ha afirmado que en Grecia el saber, la filosofía, el conocimiento, emergen con una verdadera pureza virginal de la situación concreta del hombre, por no tener a sus espaldas ninguna tradición filosófica. Respetamos y hemos seguido muchas veces al maestro español, pero en este aspecto, si bien coincidimos en esa estereotipada frase del milagro griego, entendiéndola como una verdadera época heroica de la ciencia, no podemos aceptar esa pretendida virginalidad que le atribuye Julián Marías.

(*) Profesor titular de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Rosario.

Creemos en el milagro tal vez mucho por sus consecuencias prodigiosas que por el hecho de representar una creación de la nada, sin vinculaciones con las culturas que habían procedido a la Hélade entre los pueblos orientales.

Sin duda que Marías no está solo en esta afirmación, ya que son muchos los que han sostenido la absoluta originalidad de la cultura helénica -lo que hace a su genialidad- negando que Grecia tuviera deuda con otras civilizaciones en los múltiples campos de su poliédrica creación.

Creemos entonces en la explosiva genialidad de esta época heroica de la ciencia, solo igualada por el Renacimiento, pero así como el Renacimiento tiene a sus espaldas toda la formidable herencia del pensamiento medieval y del cristianismo, Grecia, aun inaugurando una ciencia naciente, tiene un denso prehelenismo que ha sido descubierto no hace mas de cien años.

Se nos han agregado, a través de fecundas investigaciones arqueológicas con copiosos detalles, la importancia de una civilización pre-helénica o minoico micénica (Creta, Micenas, Corinto) con vinculaciones asiáticas y egipcias, se nos ha demostrado la influencia en el Egeo de civilizaciones conocidas como la egipcia, babilónica, fenicia, iránica, lidia y frigia, con otras, antes desconocidas, como la sumeria y la hitita y a través de ellas, se han podido detectar las vinculaciones directas e indirectas con estas culturas en el pensamiento griego.

Fijense Uds. que no es casual que los primeros pasos de esa formidable civilización helénica hayan sido dados en las colonias del Asia Menor donde había un contacto mucho más directo con esas civilizaciones orientales. En las colonias nació la literatura griega, la epopeya homérica, los mitos de los dioses y los héroes. Hasta los instrumentos musicales como la cítara y la flauta que acompañaban el canto del poeta muestran por su nombre su origen pre-helénico.

Ello nos lleva a concluir en nuestra afirmación primera. Creación colosal, época verdaderamente heroica, genuino milagro de conjunción y de sabiduría, pero no creación de la nada.

Pero esto no es poco. Es enorme. No en vano decía Horacio que aun cuando los romanos habían conquistado militarmente a Grecia, esta había conquistado a su inculto vencedor y le había regalado el don incomparable de sus artes.

Los griegos crearon -y ésta sí es una creación pura- el ideal de la cultura humana, esa cultura que es libertad y claridad de espíritu, armónica unidad de forma y contenido, de elemento sensible e intelectual, de naturaleza y espíritu, plástica serenidad y sentimiento de la medida y de la proporción, sano y puro objetivismo y esto, tanto en sus costumbres como en sus constituciones, en el arte como en la religión, en la moral y en la metafísica.

De esta época heroica, donde los niveles de feracidad intelectual y estética fueron muy pocas veces sobrepasados, queremos rescatar algunos pensamientos de Aristóteles sobre el arte.

Aristóteles, tal vez la cumbre más alta de esta colosal generación, nació en Estagira -que creemos no produjo otra cosa que la historia mereciera recoger- en el corazón de la Provincia en alguna parte de Tracia. No es entonces Aristóteles, a diferencia de su maestro Platón, ateniense. Pero es a Atenas donde es enviado a su pedido por su familia, por cierto luego de consultar al oráculo que indicó que debía estudiar filosofía. (Tantas veces nos preguntamos en los acontecimientos históricos trascendentes, como algunos aparecen signados por la casualidad y el azar).

Si Marx y Engels no se hubiesen conocido de casualidad, el Manifiesto Comunista como tal, no habría sido o por lo menos no habría tenido el contenido que tuvo. Y piensan Uds., ¿cómo podría haber variado la historia de la humanidad estos últimos cien años? ¿Alguien podría predecir cómo se habría desarrollado la cultura de Occidente, si el oráculo en vez de contestar lo que dicen contestó, hubiese indicado que Aristóteles siguiera la profesión de su padre; médico y farmacólogo?

Hay una frase que se atribuye a Platón, casi una sentencia, que siempre me ha impresionado por sus formidables implicancias. Decía éste: Doy gracias a Dios por haberme hecho nacer hombre y no mujer, griego y no bárbaro, libre y no esclavo ... pero por sobre todo, doy gracias a Dios por haberme hecho nacer en la época de Sócrates.

Esta sentencia, más allá de la profunda admiración que ella revela por su Maestro y por la actitud de vejación que experimenta respecto del sexo femenino, contiene dos aspectos que estimo oportuno subrayar; la referencia al sentido del griego en oposición al del bárbaro y la idea de libertad.

La palabra griega “bárbaro” nada tiene que ver con su acepción moderna “Bárbaros, era quienes no hablaban griego, tanto fueran de una tribu salvaje de Tracia como de alguna civilización de una fastuosa ciudad oriental”. No tenía un sentido peyorativo, ya que muchos griegos admiraban el código moral de los persas y la sabiduría de los egipcios. Tenía un sentido diferencial ya que el hecho de no hablar el griego les daba una actitud distinta frente a la vida.

Tenían un sentido racial profundo que los diferenciaba. Y esto está también vinculado a las ideas de libertad y esclavitud contenidas en la sentencia, ya que la esclavitud, era asimilada a la extranjería, pero no meramente por el hecho de serlo, sino por la convicción que tenía de que su polis respetaba sus derechos, mientras que las comunidades extranjeras no lo hacían y convertían a sus súbditos en verdaderos esclavos. El griego era un miembro de la polis. El extranjero un súbdito del sistema. Esta era la diferencia entre libertad y esclavitud.

No obstante no haber desarrollado una teoría de las bellas artes, como lo hicieron muchos otros -Platón su maestro entre ellos- proporciona ideas fecundas con las cuales podría hoy intentarse su elaboración.

De todas las posibles acepciones del arte Aristóteles la define -tanto en la Ética Nicomaquea como en su Metafísica- como un “hábito productivo acompañado de razón verdadera”.

Por ser un hábito intelectual el arte no puede configurar solo una habilidad técnica. El arte es fundamentalmente la posesión de una forma inteligible, ya que del arte las cosas que están previamente en el alma, para ratificar una y otra vez, que el arte es forma.

Ese hábito intelectual -agrega el filósofo- es productivo, lo que lo ubica en el plano de lo contingente, concierne a la generación y resulta su finalidad la de traer a la existencia.

Esa contingencia es compartida también por la prudencia, pero no obstante, uno y otro hábito son irreductibles, y diciéndolo en palabras del Estagirita, la diferencia está entre el hacer y el obrar, cuyos fines difieren esencialmente. La acción moral, el obrar, tiene su finalidad en si misma, mientras que el hacer de la producción artística se endereza a una obra ulterior, a un producto.

Esta primera aproximación nos conecta ya con un tema, sobre el que luego volveremos, y que separa tajantemente el arte de la moral. En la acción moral debe haber un equilibrio entre la recta razón y el apetito recto. en el arte, la recta razón esta toda de parte del objeto y hacia el objeto, sin vínculo con su creador y con referencia a su índole moral.

Quedaría por explicitar el último elemento de su definición, la razón verdadera que lo examinaremos cuando tratemos el problema del arte y la imitación, aunque desde ya adelantamos que este ingrediente esta vinculado en Aristóteles al problema de la forma interior. En efecto, la falsa razón es no tener adecuada conciencia de la forma interior, ni de los materiales que deben ser empleados en la realización, lo que conduce todo a la negación del arte.

En Aristóteles se encuentra incipientemente esbozada la distinción entre artes útiles y bellas, diferencia que no habían insinuado los pensadores anteriores a Aristóteles, tal vez, porque ni es fácil la distinción entre belleza y utilidad, ni tampoco las mismas son excluyentes ya que hay artes como la arquitectura, donde encontramos ensamblados ambos criterios. La utilidad helénica no era limitada solo al campo del bienestar material y la evidencia de ello es que artes absolutamente inútiles -en ese sentido- como la poesía servían a los fines de la educación y particularmente la poesía trágica era un instrumento a través del cual podía lograrse la purificación psicológica y moral.

Lo que esta claramente dibujada en el pensamiento aristotélico, es la distinción entre artes útiles y liberales y si no perdemos de vista que en su pensamiento el arte es fundamentalmente actividad humana, tanto del creador como del espectador, la distinción deviene simple y clara.

Sin embargo, la división aristotélica, no coincide -por lo menos totalmente- con la que podríamos hacer con un criterio moderno. Para Aristóteles, son artes útiles aquellas de que puede derivarse un uso empleo o provecho, distinto o complementario de la mera contemplación del espectador. En este orden deberíamos incluir en la nómina a la escritura y a la gimnástica, por ejemplo. Artes liberales, serían sólo las que tienen por fin el pasatiempo contemplativo del hombre libre y su modelo inequívoco seria la música.

No dudamos que con nuestro concepto y sensibilidad actuales, podrá parecer nos, un poco extraño que la distinción de las artes, o su mayor o menor dignidad provengan del placer

del espectador y no de la condición misma del acto de creación, pero entendemos que Aristóteles no habría sido consecuente con su sistema si lo hubiera expresado en otros términos ya que para él, la contemplación es siempre y en toda circunstancia el supremo valor y la contemplación estética deviene así un acto superior a la misma tarea creacionista del artista. No es entonces el artista que trabaja para otros y para su obra el valor superior sino el espectador que goza para sí, el patrón de la excelencia artística. Una vez más en Aristóteles, los actos inmanentes son preferidos a los transitivos.

Dijimos hace un momento y ahora lo repetimos, que Aristóteles no desarrolló una verdadera teoría de las bellas artes. Sin embargo, su famosa *Poética* es un verdadero tratado que, con exclusión total de las artes útiles, atiende a casi todas las bellas artes o, por lo menos, a las que eran tenidas por tales en su tiempo. Un examen de esta obra, nos llevaría mucho más del tiempo que nos hemos impuesto, pero hay un tema, en ella desarrollado, directamente vinculado a lo que podríamos llamar una teoría general del arte que nos vemos tentado a analizar y es su famoso problema de la imitación, que tanta interpretación divergente ha suscitado.

Dice Aristóteles, en efecto, que todas las artes que incluye en su *poética* -la epopeya; la tragedia, la comedia, la poesía, la música, la danza- son todas y cada una imitaciones y que si difieren entre sí es por el medio, por los objetos y por el modo de la imitación. Toda imitación es sin duda imitación de algo y Aristóteles es muy claro, cuando dice que el arte imita a la naturaleza. Es claro que sin duda nuestro filósofo no habla de naturaleza con el sentido que podría hacerlo el hombre común lo que podría conducirnos a la misma negación del arte. Aquí la naturaleza tiene la precisa acepción que logra dentro de su sistema filosófico.

En efecto, si por naturaleza entendiéramos la copia servil, el simulacro de los objetos reales tales como nos son dados al observador, el arte sería mucho menos de que podría sugerir la llamada música descriptiva o programática o la pintura naturalista.

La noción aristotélica de naturaleza es entendida como fuerza creadora como principio inmediato de todo movimiento en el universo, de allí que la naturaleza tenga en su sistema cierto carácter divino y en todo cuando hace, procede como un artista que ordena y plantea razonablemente y con arreglo a un fin el resultado de su obra.

El arte, el arte del hombre, debe obrar entonces como obra la naturaleza como fuerza creadora que adapta los medios y adecua los fines al resultado propuesto que no es otro que suscitar formas siempre nuevas en el conjunto del universo. Es en ese sentido que el arte imita a la naturaleza, como potencia creadora, renovadora, modificadora de la realidad.

La naturaleza es para el arte un modelo que el artista puede corregir sin transgredirlo en lo que tiene de esencial. Puede perfeccionar la naturaleza, puede volcar la forma de su alma. No puede violarla. Así ni el médico en su arte puede aplicar cualquier terapéutica a su fantasía, ni el arquitecto prescindir de las leyes físicas y mecánicas o a la resistencia de los materiales que emplea ni el político violentar la naturaleza racional del hombre que es la plástica con la que opera. Aquí vale la cita de Bacon:

“A la naturaleza la dominamos obedeciéndola. El arte es para con la naturaleza fidelidad y superación”.

Cuando con ese basamento epistemológico penetramos en el campo de las bellas artes -de las artes liberales aristotélicas- y siendo éstas el reflejo de la forma interior, es este mundo interior, la naturaleza imitable por el arte y no la naturaleza visible y es casualmente por ello que Aristóteles cree que la más imitativa de las bellas artes sea la música y no porque se esté refiriendo a lo que hoy llamaríamos música descriptiva, sino porque ella traduce, tal vez como ningún otra, los estados permanentes y transitorios del alma, sus virtudes y sus pasiones.

Sin embargo, pareciera que esta imitación, en la pobre traducción griega del término aristotélico, disminuye la fuerza creadora del arte, porque la circunstancia de que no imite un árbol o un río, pero sí una emoción sensible del alma, no deja de minimizar la tarea creacionista del artista. Y aquí se engancha el sentido imitativo del estagirita, afirmando que así como el artista puede imitar su mundo interior como es o como ha sido, puede también imitarlo como le parece que es aunque no lo sea y también como ésta debiera ser y no es, donde se amplía al infinito la gama de posibilidades creacionistas del artista.

Lejos entonces de estar limitado por una realidad empírica que circunda al artista, el arte tiene la posibilidad de explayarse en la creación de formas ideales, en la búsqueda insaciable de esa otra realidad más pura, mas alta, mas sublime que la que nos podría ofrecer la realidad experiencial de las cosas que nos envuelven. Aquí también el arte suple y mejora a la naturaleza. Esta solo podrá dar la realidad. Aquella sublimará lo real y entregará una representación imaginaria creadora. Esto explica porque para Aristóteles la poesía es cosa más excelente que la historia, porque ésta es meramente reproductiva, meramente descriptiva de acontecimientos sucedidos -o debiera serlo- y aquélla posee la libertad creadora del arte.

La total libertad del arte respecto de la naturaleza -y más concretamente de la naturaleza del hombre- no tiene en Aristóteles otra frontera que la propia constitución de la naturaleza humana. Todo lo posible y aun lo imposible dentro de las leyes de la física es admitido, pero no, lo que podría implicar una verdadera imposibilidad moral. La fuerza de Aquiles es físicamente imposible, porque no puede concebirse un ser humano dotado de esa fortaleza, pero la nobleza del Quijote, como el amor de Julieta, como la avaricia de Shylock o la maldad de Lady Macbeth tienen cabida en la creación estética aunque tal vez sea humanamente imposible. En la Poética nos dice Aristóteles que debemos preferir las posibilidades plausibles a las posibilidades inverosímiles.

La imitación en Aristóteles confirma la esencia creadora del arte, con el único límite de que no se trata de una creación de la nada -privilegio solo del máximo creador- sino creación a partir de la forma interior.

No quisiéramos terminar esta referencia al arte en Aristóteles sin por lo menos aventurar alguna conjetura con respecto a su tratamiento casi enigmático de las relaciones del arte con la moral. Si Aristóteles hubiese seguido en el tema a su Maestro Platón, el proble-

ma casi no ofrecería inconvenientes, ya que en el fundador de la Academia hay una subordinación total del arte a la prudencia, lo que por lo demás parece haber sido la actitud del mundo griego. No es desconocida por ejemplo la actitud de Aristóteles que pretende con su arte enseñar la justicia y hacer mejores a los ciudadanos y coincidente en esa tesitura la tendencia de Plutarco de convertir a la poesía en la antesala de la filosofía.

Entendemos que no es esta la actitud de Aristóteles. El arte no es en él un recurso propedéutico o educativo. Su fin no es la perfección moral sino el placer desinteresado y propio del hombre libre.

Sin embargo, ha preferido algunas a otras, por la superior calidad moral del sujeto representado. Así la epopeya y la tragedia son superiores a la comedia porque en ella las virtudes morales aparecen mas densamente expresadas.

Y ello porque el objeto directo de la tragedia no es su magisterio moral sino la liberación de la realidad cotidiana, la salvación en lo universal, la elevación de lo empírico hacia lo que constituye su ideal nunca logrado. La tragedia llevaría el fin de las bellas artes y los caracteres moralmente valiosos serían ingredientes estéticos. Ese es el sentido de la katarsis aristotélica entendida como efecto propio de la tragedia. Mediante el terror y la compasión, la tragedia lleva a cabo en nosotros la purificación de esos defectos, purificación psicológica por el efecto que la tragedia opera en el alma del espectador, efecto análogo al de la medicina en el cuerpo del enfermo.

El sistema aristotélico, es de una cohesión y una perfección realmente insuperable ya que sus aparentes contradicciones, muchas debidas a la influencia de su maestro que gravitó en su espíritu casi cuarenta años, son, debidamente analizadas, afirmaciones de la totalidad de su pensamiento. El hombre sabio es el que ha llegado al término de la virtud y arrastra consigo, la totalidad de la carga humana. El momento de perfección que implica en todo ser la plenitud de su acto, no puede tener una excepción arbitraria. el hombre sabio-virtuoso-feliz-contemplativo es un hombre humano esencialmente diferenciado de lo divino y de lo bestial. No se discute que lo divino sea de una naturaleza superior, más excelente que la humana, pero el tránsito hacia la divinidad importa la pérdida de la condición de humanidad, es de alguna medida un deshumanizarse y el arte es plena hominidad.